

LOS MISTERIOS DE LA GATA HOLMES

LA MANSIÓN DE LOS GATOS

JIRŌ AKAGAWA

Traducción del japonés:
Bárbara Pesquer Isasi


QUATERNI

Título original: Mikeneko Holmes no Kaidan by Jiro Akagawa
Copyright © Jiro Akagawa 1980, 1985
All rights reserved
Original Japanese edition published by Kobunsha Co., Ltd.
This Spanish edition is published by arrangement with Kobunsha Co., Ltd., Tokyo
Traducción del japonés: Bárbara Pesquer Isasi

Copyright © 2016 Quaterni de esta edición en lengua española

© Quaterni es un sello y marca comercial registrados

LA MANSIÓN DE LOS GATOS. Los misterios de la Gata Holmes.

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-943449-6-1

EAN: 9788494344961

IBIC: FH

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6
28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid
Teléfono: +34 91 677 57 22
Fax: +34 91 677 57 22
Correo electrónico: info@quaterni.es
Internet: www.quaterni.es

Editor: José L. Ramírez C.
Diseño de colección: Quaterni
Diseño de cubierta: Cuadratín
Ilustración gata de cubierta: Satomi Endo
Maquetación: Grupo RC
Impresión: Gómez Aparicio Grupo Gráfico
Depósito Legal: M-38377-2016
Impreso en España

21 20 19 18 17 16 (11)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

PRÓLOGO

El bajo continuo que tañían las ruedas girando sin cesar, y el ritmo monótono del sonido característico que marcaba el cambio de raíles invitaban al sueño antes de que uno se diera cuenta.

Las ondas de choque, producto del cruce con otro tren que iba en dirección contraria, agitaron las ventanas y Katayama abrió los ojos de repente. Estirado sobre la litera, tenía una novela de detectives que había dejado abierta, a medio leer.

—Me he quedado adormilado sin querer... —murmuró.

Katayama se dio la vuelta y se quedó boca arriba en su litera superior, excesivamente estrecha para su gusto. Vio en su reloj de pulsera que pronto sería la una de la madrugada. Se preguntó por dónde debían andar. Se había dado cuenta de que habían hecho una parada en Hiroshima pasadas las once de la noche, pero luego ya... Es posible que hubieran dejado atrás Okayama.

La litera de arriba temblaba, un hecho que a Katayama no le gustaba lo más mínimo. Pese a estar cerca de los treinta años y ser un detective de la Primera Sección de Investigación de la Comisaría Central Metropolitana, era tan delicado que no podía conciliar el sueño en una litera; algo de lo que uno no podía presumir. No era lo que se dice un hombre todo terreno, pero es que su naturaleza era así, por ese motivo él mismo tenía dudas sobre el hecho de ser policía.

—Tendría que intentar dormir... —se dijo a sí mismo.

Apagó la luz que tenía justo al lado de la cabeza e intentó estirar las piernas en ese espacio tan reducido. ¿Por qué eran tan estrechas? Katayama medía cerca de metro ochenta, y su rostro y sus ojos de rasgos femeninos parecían haber sido encajados a lo tonto en un cuerpo largo y delgado.

Nada más decidir que ya era hora de dormir, se le quitaron todas las ganas de hacerlo de golpe. Pero claro, era ponerse a leer un libro y no poder parar de cabecear. Katayama meneó la cabeza. Es probable que durante la lectura, no le prestara atención al tembleque y a los sonidos del tren, y precisamente por eso, se quedara dormido. No obstante, en cuanto se quedaba quieto con los ojos cerrados, todo ese barullo le ponía de los nervios y acababa con la cabeza despejada.

—¡Mierda! —Encendió la luz y luego abrió con cuidado la cortina que tenía justo al lado. Parecía que los demás pasajeros seguían durmiendo.

Ya que no podía pegar ojo, se propuso salir al corredor para, al menos, mirar el paisaje por la ventanilla.

Echó mano de su chaqueta, se levantó de su litera y estiró las piernas hasta alcanzar esa escalerilla que le parecía poco fiable. Como ya se había estrellado más de una vez, bajó por ella con cautela. Una vez descendió ileso, se puso los zapatos y salió al corredor procurando no hacer ruido con sus pisadas.

La dos literas que había debajo de la suya estaban vacías. De haber sabido que a mitad del viaje iban a quedar libres, se habría cambiado a alguna de esas.

—Qué más da. Cuando vuelva a mi apartamento podré dormir tranquilo.

El detective concentró su mirada en lo que veía por la ventanilla, en las tinieblas de las profundidades de la noche. Ni se podía vislumbrar qué zona era aquella, ni se veían casas o luces de ciudad alguna. Se puso a caminar distraídamente por el corredor.

Yoshitarō Katayama estaba regresando de un viaje a Nagasaki por motivos de trabajo. Lo habían incorporado al equipo del departamento que investigaba el caso del asesino en serie que había matado a tres personas en Tōkiō. Averiguó que las

tres víctimas eran de Nagasaki. Por lo tanto, había ido allí para comprobar si existía o no algún vínculo entre ellas.

Sin embargo, arrestaron al asesino nada más encargarle la investigación y se supo que el hecho de que las tres fueran de esa localidad no era más que una casualidad. Así que su viaje había sido en balde.

Eso sí, por más que se quejara por su mala suerte, en sus adentros se sentía mucho más tranquilo.

¿Vérselas con un asesino armado con un cuchillo? ¡Una salvajada como esa no pegaba con un tipo como él!

Katayama llegó hasta uno de los extremos del vagón y cuando ya había enfilado el camino de vuelta, vio fugazmente a alguien retirarse hacia la sección de las literas, que permanecía en la penumbra.

Puesto que tan solo fue un breve instante, no pudo determinar si se trataba de un hombre o de una mujer, pero le pareció que se había metido justo en su compartimento.

Aceleró un poco el paso y allí vio a una mujer sentada en la litera inferior dos niveles por debajo de la suya.

—Buenas noches —dijo ella, y sonrió.

—Mu-mucho gusto... —la saludó Katayama nervioso sin saber muy bien qué decir—. ¿Acaba de venir ahora?

—Sí.

La mujer tenía alrededor de veinte años, quizá más. Con una constitución bastante equilibrada, ni muy alta ni excesivamente delgada. Llevaba puesto un vestido azul marino bastante sobrio que hacía juego con un bolso pequeño que reposaba sobre las rodillas.

—¿Es esta su litera? —preguntó ella.

—La mía es la de arriba.

La mujer pareció vacilar un poco, pero finalmente miró a Katayama con decisión.

—Si no supone una molestia para usted... —continuó.

—¿En qué puedo ayudarla?

—La mía es esta —dijo señalando la inferior de las tres—.

¿Le importaría que las intercambiáramos?

—¿Intercambiarlas?

—Sí. Yo prefiero la más alta.

—Qué curioso, eso no es lo habitual. A la gente suele disgustarle la litera de arriba y a menudo pide que se la cambien por una más baja, pero no suele darse lo contrario.

—Es que a mí me gustan los lugares altos —contestó la joven alegremente—. Hay quien dice que solo a los idiotas y a los gatos les gusta estar en lo alto.

Katayama se dejó llevar y se puso a reír.

—No hay problema. La intercambiaré con usted. Corrijo, soy yo quien prefiere utilizar la de abajo. Me irá de perlas.

—¡Qué bien! Disculpe las molestias.

—Espere un momento. —Él subió por la escalerilla y ya en la litera de arriba, agarró su corbata, su libro y demás pertenencias, y lo bajó todo consigo.

—Adelante, ya puede subir —le dijo asintiendo con la cabeza—. ¿Quiere que le suba el equipaje hasta la litera?

—No llevo equipaje.

—¿Nada de nada?

—Solo este bolso.

—¿Va usted hasta Tōkyō?

—Esa es la idea.

—En fin... buenas noches.

—Disculpe las molestias.

La mujer hizo una leve reverencia con una cortesía impecable, se quitó los zapatos y subió por la escalera. El detective se quedó contemplando lo ligero que llegaba a ser su cuerpo. Ella había subido como si estuviera brincando por la escalera y se posó grácilmente sobre la litera superior.

—¡Caramba! ¡Qué agilidad! —susurró Katayama—. Esa forma de moverse es más propia de un gato.

Se estiró en la litera inferior y ya más cómodo, pudo relajarse. Ahora sí podría dormir un rato.

La chica era bastante guapa de un modo distinto a las demás. Más que hermosa, tenía algo que resultaba encantador y cuando sonreía, aparecían unos hoyuelos en sus mejillas. Sus ojos eran grandes, y quizá, debido a su juventud, encerraban una gran luminosidad.

Katayama apagó la luz y decidió dejar de pensar en ella para evitar desvelarse de nuevo.

Cerró los ojos e intentó dormir un poco, pero una idea se le pasó por la cabeza. ¿Dónde se había subido al tren aquella mujer? En teoría, el convoy iba directo hasta Ōsaka sin paradas intermedias.

A la mañana siguiente, Katayama despertó cuando el tren ya había llegado a la estación de Toyohashi.

Aunque tenía sueño retrasado, haber logrado dormir tantas horas en la litera de un tren era todo un logro para él.

Sin duda haber dormido en la litera inferior le había ayudado. Entonces, se acordó de la chica... y levantó la vista hasta la litera de arriba. Ella ya no estaba allí. Tampoco sus zapatos. Seguramente ya había despertado y abandonado el compartimento. Tal vez incluso ya había bajado del tren.

Algo decepcionado, cuando regresaba de lavarse la cara se cruzó con el revisor del tren.

—Buenos días. —Era un hombre muy dicharachero.

—¿La mujer que había aquí ya ha bajado? —Al preguntarle, al revisor se le quedó una expresión extraña en la cara.

—¿Aquí? No, usted es el único que viaja en esta sección. Así ha sido desde Nagasaki. Debe haberse equivocado.

—Qué raro. Apareció ayer en medio de la noche. Era una mujer joven.

—¿A qué hora fue?

—Creo... que a la una.

—Eso es muy raro. A esa hora no hicimos ninguna parada; es imposible que subieran nuevos pasajeros.

—Pero ella iba en el tren. Me explicó que prefería dormir arriba e intercambió su litera con la mía.

El revisor sonrió con amargura.

—Entonces sería un polizón.

—¿Un polizón?

—Debió esconderse en el baño y ya entrada la noche vino aquí para dormir. De haberse quedado en la litera inferior, la

hubiéramos descubierto enseguida, así que se ocultó en la de arriba. Se habrá despertado temprano para desaparecer de nuevo.

¿Que aquella chica tan encantadora se había subido al tren sin pagar? A Katayama le costaba creérselo. Sin embargo, discutiendo con el revisor no conseguiría nada.

—¿Cómo era esa mujer? —preguntó el hombre. Tras escuchar la descripción no demasiado detallada que le dio Katayama, remarcó—: Estaremos al tanto. Si Ferrocarriles Nacionales no consigue reducir sus números rojos, es por culpa de gente como esa.

—Ya... —Como funcionario público que era, el detective no quería profundizar demasiado en ese tema.

Cuando fue al vagón comedor para desayunar, Katayama se quedó mirando involuntariamente a las mujeres con las que se cruzaba y a las que había en otras mesas.

No creía que aquella chica hubiera subido al tren sin pagar. Una persona que hace eso no se tomaría la molestia de hablar con otro pasajero. Es más, si lo que quería era una litera superior, había otros compartimentos libres a los que podía haber recurrido. No tenía por qué ir al suyo y pedirle que intercambiaran sus literas. Seguro que era un error.

El tren llegó a Tōkyō a las once y media tal y como estaba previsto. Cuando se dirigía hacia la salida del tren con su bolsa de viaje en la mano se encontró al revisor de nuevo.

—Muchas gracias por todo.

—Por cierto, respecto al polizón del que hablamos antes...

—¿La han encontrado? —preguntó el detective.

—No. Supongo que ella habrá estado alerta —dijo meneando la cabeza—. Quizá se haya bajado en Nagoya.

—Seguramente. Si me disculpa...

—Sin embargo, sí que nos hemos encontrado a otro polizón.

—¿Otro?

—Sí, pero tampoco hemos podido atraparlo. Se trataba de una gata.

—Una gata, ¿dice?

—Sí, una gata blanca. Iría oculta debajo de algún asiento.

De improviso, Katayama recordó cómo la agilidad de aquella mujer había hecho que la asociara con un gato la noche anterior. Entonces, ¿ella era un *bakeneko*¹? ¡Imposible!

Agitó la cabeza negando esa mera idea y bajó del tren. Puesto que su hermana Harumi le dijo que vendría a buscarle a la estación, ojeó todo el andén. Su mirada se quedó fija en un punto.

Entre la gente que se dirigía en torrente hacia las escaleras, le pareció ver a alguien de espaldas con el vestido azul marino que llevaba la joven de la noche anterior. No tenía la menor duda de que se trataba de ella apareciendo y desapareciendo entre la multitud.

Justo cuando la estaba mirando fijamente, de repente, le dieron un toque en los hombros y se dio la vuelta sobresaltado.

—Bienvenido, hermano. —Harumi estaba de pie ante él—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué llevas esa cara de desconcierto? ¿Te has olvidado de tu hermana pequeña?

—No... Es por la gata.

—¿Qué?

—¿Tú crees que las gatas pueden ponerse un vestido azul marino? —le preguntó Katayama con toda seriedad.

1 Gato fantasma. Ser sobrenatural de la mitología japonesa capaz de adoptar forma humana e interactuar con los seres humanos.